



«Tú y yo somos Iglesia»

Jornada Internacional
de la Discapacidad

Subsidio litúrgico
para el celebrante

I Domingo de Adviento

Domingo, 3 de diciembre de 2023



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: A ti, Señor, levanto mi alma (CLN, A 10) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sal 24, 1-3):

A ti levanto mi alma, Dios mío, en ti confío; no quede yo defraudado, que no triunfen de mí mis enemigos, pues los que esperan en ti no quedan defraudados.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que viene a salvarnos,
esté con vosotros.**

R. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Hoy la Iglesia comienza un tiempo de gracia, el tiempo de Adviento. Iniciamos el año litúrgico y tenemos 366 días para conocer, amar y seguir a Jesús, para acogerlo en nuestro corazón y esperarlo como María su madre.

Este primer domingo de Adviento coincide con el Día internacional de la Discapacidad, una Jornada que cuenta ya con una trayectoria de más de treinta años. En 1992 fue declarada por las Naciones Unidas.

En la Iglesia de España nos unimos también a esta Jornada para abrir los ojos y el corazón, para despertar nuestra conciencia, a veces aletargada, para tomar conciencia del don, de la riqueza, del «regalo», en palabras del *Directorio para la catequesis*, que son las personas con discapacidad.

Que la celebración de la eucaristía nos llene de gozo y mantenga en nosotros la certeza de que para Jesús todos somos su Iglesia.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramamos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Porque nos creemos mejor que los demás. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Porque rechazamos al otro por ser diferente. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Porque no agradecemos todo lo que hemos recibido. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

No se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

CONCEDE a tus fieles, Dios todopoderoso,
el deseo de salir acompañados de buenas obras
al encuentro de Cristo que viene,
para que, colocados a su derecha,
merezcan poseer el reino de los cielos.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

— Adviento. Inicio del año litúrgico. Un tiempo de gracia para abrir el corazón a Cristo y esperarlo como María.

— El 3 de diciembre, que en esta ocasión es domingo primero de Adviento, es el Día Internacional de la Discapacidad propuesto por las Naciones Unidas en 1992. Queremos hacer memoria en la eucaristía de todas las personas con discapacidad y presentarlas al Señor. Los evangelios nos hablan de Jesús constantemente cercano a ellas, con las que compartía la vida y realizaba acciones extraordinarias por amor hacia ellas.

— Del texto de la primera lectura: Is 63,16b-17.19b; 64,2b-7, cabe destacar la última frase del profeta: «Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tus manos».

Tú y yo somos Iglesia. Tú y yo somos barro en manos del alfarero. Todos los bautizados formamos la Iglesia de Jesucristo y estamos llamados a vivir en fraternidad, acogiendo y acompañando a cada uno. Cada cual es barro que se debe dejar moldear por las manos del Señor. Al que se deja el Señor construye una preciosa vasija.

Salmo: «Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve». Nuestro barro necesita ser restaurado con la mirada del rostro de Cristo. Si sabemos mirar a las personas con discapacidad, descubrimos en ellas el rostro de Dios y su mirada, y sus palabras y sus gestos y sus necesidades, muchas veces nos salvan de nuestro egoísmo, autosuficiencia, pesimismo, etc.

— Segunda lectura: 1 Cor 1,3-9

Pablo habla a los corintios, pero la Palabra de Dios hoy nos habla a nosotros: «Por Cristo Jesús habéis sido enriquecidos en todo: en el hablar y en el saber; [...] no carecéis de ningún don vosotros que aguardáis la manifestación de nuestro señor Jesucristo». *Todos* hemos sido enriquecidos en *todo*. Nos dice el *Directorio para la catequesis*: «Las personas con discapacidad pueden alcanzar la dimensión más elevada de la fe que posee la vida sacramental, la oración y la proclamación de la Palabra». La discapacidad no es un impedimento, es un reto, es un desafío, es una llamada... no impide la acción de Cristo en sus vidas.

— Evangelio: Mc 13,33-37

«Mirad —nos dice Jesús en el evangelio— vigilad porque no sabéis cuándo es el momento».

¿El momento de qué?, nos podemos preguntar al inicio del Adviento.

Mirad, vigilad, no sabemos cuándo regresará el dueño de la casa, el que *nos ha modelado de barro, el que nos ha restaurado* con su gracia, el que *nos ha enriquecido en todo*. Mirad, vigilad, que llega el Hijo del hombre.

¿Cómo queremos que nos encuentre?, ¿cómo queremos recibir a Dios que se hace niño por amor a cada uno?

Dios hecho niño viene por todos, por ti y por mí. El Señor nos ha creado por amor y ese mismo amor creador ha puesto en cada persona. Él, que ama de verdad, que es plenamente libre, nos ama a todos independientemente de la raza, del color, del contexto social o cultural, de tener capacidades diferentes... Mirad, nos dice Jesús.

¿Y si nos dejamos mirar primero por Jesús? Dice san Juan de la Cruz que «el mirar de Dios es amar». Nos dejamos mirar, nos dejamos amar, y su amor nos transforma, y nos enseña a mirar, y nos hace descubrir que la persona que tengo a mi lado, independientemente de sus capacidades, es un hermano, es una hermana a quien Dios ha amado primero y por eso reconocemos:

Todos somos receptores, pero también todos somos protagonistas de la evangelización. Anunciar a Jesús el Hijo de Dios, que se hace uno como nosotros y que con su vida le pone rostro, palabras y obras a Dios, que es amor, nos permite comprender que vosotros, hermanos y hermanas, que podéis tener alguna discapacidad, a través de vuestro testimonio podéis transmitir la fe de una manera eficaz (cf. DC 272).

Números del *Directorio* al que hemos aludido indirectamente para que te pueden ayudar:

— Las personas con discapacidad son una oportunidad de crecimiento para la comunidad eclesial, pues con su presencia la invitan a superar sus prejuicios culturales. La discapacidad, de hecho, puede causar vergüenza porque pone de relieve la dificultad de aceptar la diversidad; también puede provocar miedo, sobre todo cuando tiene un carácter permanente, porque es una referencia a la radical situación de fragilidad de todos, que es el sufrimiento

y, en última instancia, la muerte. Precisamente, porque son testigos de las verdades esenciales de la vida humana, las personas con discapacidad deben ser acogidas como un gran regalo. La comunidad, enriquecida por su presencia, se hace más consciente del misterio salvífico de la cruz de Cristo y, viviendo relaciones recíprocas de acogida y solidaridad, se convierte en generadora de vida buena y en una llamada para al mundo (DC 270).

— Las personas con discapacidad están llamadas a la plenitud de la vida sacramental, incluso cuando presentan graves trastornos. Los sacramentos son dones de Dios, y la liturgia, incluso antes de ser comprendida racionalmente, pide ser vivida: de modo que nadie puede negar los sacramentos a las personas con discapacidad. La comunidad que sabe descubrir la belleza y la alegría de la fe de la que son capaces estos hermanos se enriquece (DC 272).

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Confiados en el amor del Señor y con actitud de espera, presentemos al Señor nuestras necesidades.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia, para que en este tiempo de Adviento prepare el camino al Señor que viene a salvar a su pueblo. Roguemos al Señor.
2. Para que las personas con discapacidad puedan vivir, crecer y desarrollarse con la seguridad de ser protegidas y amadas, integradas entre nosotros. Roguemos al Señor.
3. Por las familias de las personas con discapacidad, los profesores, los voluntarios y los catequistas que las acompañan, para que sean testigos del amor de Dios y se lo manifiesten constantemente. Roguemos al Señor.
4. Por los pueblos que sufren la guerra, el hambre, las injusticias, para que el Niño Dios traiga paz, amor y una vida digna. Roguemos al Señor.
5. Para que los misioneros y todos los testigos de Jesús en el mundo sientan la pasión con la que vivía san Francisco Javier el anuncio del evangelio. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ACOGE, Señor, nuestras necesidades,
**que te presentamos al comenzar el Adviento
y otórganos todo lo que te pedimos si es para nuestro bien.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Preparemos los caminos (CLN, 6) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

FRUCTIFIQUE en nosotros, Señor,
la celebración de estos sacramentos,
con los que tú nos enseñas, ya en este mundo que pasa,
a descubrir el valor de los bienes del cielo
y a poner en ellos nuestro corazón.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

DIOS todopoderoso y rico en misericordia,
por su Hijo Jesucristo,
cuya venida en carne creéis
y cuyo retorno glorioso esperáis,
en la celebración de los misterios del Adviento,
os ilumine y os llene de sus bendiciones.

R̄. Amén.

**Dios os mantenga durante esta vida
firmes en la fe,
alegres por la esperanza
y diligentes en el amor.**

R̄. Amén.

**Y así, los que ahora os alegráis
por el próximo nacimiento de nuestro Redentor,
cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria
recibáis el premio de la vida eterna.**

R̄. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R̄. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo.

Podéis ir en paz.

℟. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española